

Antifaz del sueño

MARIO SANCHEZ LATORRE

OCEANOS

El sabor de las mareas entrega el asalto largamente esperado.

Los océanos se encuentran en artillados estrechos donde los guerreros vigilantes mueren por sus reyes.

Ojo negro, hacha ululante en la espuma, botines, escondites, tapices y pendones tejen los portales de los imperios oceánicos.

Sus crepúsculos duran siglos.

El sol encierra galerías de rostros lejanos de sus propias decisiones. Los pintores escurren signos de este acontecimiento:

—El canciller atraviesa puertas debajo de un quitasol.

—Los Cardenales-Infantes expresan su indiferencia dinástica.

Las noches imperiales llevan y traen la mirra, la canela, el oro, las sedas con sus cantos en los ojos. Los elefantes incrustan sus trompas en el vaho de exclamaciones. El pavo real espera su pasaje. Las perlas toman aire en cofres recién abiertos. Las cabalgatas relumbran en los puentes levadizos. Segadores de fuego de artificio deshacen el calendario de Venus y el trono del pájaro-serpiente. Los tesoros del Inca decoran las iglesias en Roma. Los Leones de Asur son arrastrados a un museo. Espadas toledanas atraviesan ojos de azabache colgados de una pluma de papagayo.

Gilgamesh con su flor llora en el rincón de los siglos. Los esclavos de Africa gimen en los mercados.

El planeta es asignado en bulas pontificias.

Los reyes, odiándose a la sombra de las grandes salas de sus tronos, tallan sillones de virreyes en nubes y vientos de soberbia. Los virreyes ponen pelucas y carrozas en los mares para levantar el palio que cubra los festines de sus reyes.

ANATEMAS

Las grandes querellas pasean reales cédulas con anatemas cuidadosamente dibujados, enrollados debajo de un sello para producir el terror.

Bulas y edictos exigen obediencia en las costas y tierra adentro. Otorgan obispados, vicarías, títulos de nobleza, encomiendas, mercedes de gobierno, arriendo de diezmos, leyes para adelantados mayores.

Oidores y Capitanes Generales convierten los dioses incrédulos. Los hacen a su semejanza. Incendian sus templos.

La perplejidad de los incrédulos refugia en su frente el rostro de sus dioses, cantan en largos silbos y sólo la roca escucha la historia de este crepúsculo cuando a su ritmo le suprimen hasta la narración.

HORIZONTES

Los monarcas establecen los nuevos horizontes.

Cruzan bosques tras el venado y el jabalí.

Beben en fondos de piedra con reclamo de aves perdidas, anunciadoras de sus acontecimientos.

Cortejan la palabra "grandeza" y la ponen al cinto de sus príncipes.

Mandan emisarios secretos a la Sublime Puerta.

Arrancan el corazón de sus muertos para encerrarlos en copa de plata.

Guardan en un archivo las escasas palabras de sus súbditos, pues el misterio esconde más sus arrebatos cuando la vida es jardines y abanicos.

ESCALOFRIOS

Con el escaso aire de su silencio —una alondra de ensueño en su frente terrena— y la alta fortaleza bordada sobre su armión, el soberano se levanta desde su incómoda silla para decir una palabra semejante a la de los hombres, estampada en infolios y bajorrelieves.

Su firma, con los temblores de la mano de un niño, recorre las plazas. Y la voz —leve conjunción de la sala del trono— retumba al golpe de tambores con cascos y cimeras de combate.

Son los escalofríos saltando continentes.

Una avispa empuja virreinos y clava su aguijón sobre Grandes Visires recostados en divanes.

PESADILLAS

Las focas, los trópicos, los alaridos de la tempestad en los dobles encuentros antes del alba azotan sus cámaras de platino.

Los monarcas piden auxilio a sus sirvientes.

¿Qué hacer cuando el poder invencible implora socorro?

¡Sólo agua de rosas!

Entonces el poder invencible corre por las salas de sus antepasados aullando en los abismos de estos imperios, mientras el regente detrás remienda el gozne de la herencia.

Por puertas desvencijadas de la balanza de otros mundos aparecen pesadillas:

—Olores del matico en forma de medalla.

—Frutos cafés de una tarde-calesa.

A los paseos del pendón real sobrevienen órdenes de preces y los súbditos de mar y tierra dicen:

—Nuestros soberanos tienen una extravagancia tan adherida. Jamás se dejan ver. Tiñen sus manos con algo de ópalo, por esto sus edictos llegan cuando ya estamos muertos—.

ABEJAS

Los rostros coloniales deslizan sus esperas en los estuarios y en los puertos.

Hoja atrapa el incendio en el hundimiento de horizontes cuando los cetros marcan sus disputas y los temporales lavan las escrituras para hacer de ellas un patio dócil a sus juegos.

A estas proscipciones se agregan los emisarios de las afluentes.

Las calamidades arremolinan las cabezas con sueños de nidos.

Un anzuelo reposa en la turbación de estos encuentros.

Es la pugna de los hombres que pliegan rincones de estu-
por celebrando sólo pérdidas.

Pescadores de mares altas.

Hombres de paciencia.

En la orilla son abejas.

Dentro, braman.

E S P A C I O

Hidrógeno en la ilusión de los astros perfora la catástrofe.

Uranio entre los dientes aspira a mandar desde la Luna.

Las imágenes de Marte buscan el círculo en el infinito.

Marchan los imperios del espacio.

Orquesta de ángulos hace del terror una conquista para decir:

—El gris gobierna en la Luna.

—Será nuestro lugar de mando.

—Te puedes mirar al revés.

—Regocíjate de lo que te espera.

—Quisiera reírme de aquellos manantiales donde el sueño disfruta de su presencia.

Una diarquía pronunciada golpea un yunque testarudo y dispone lúcidamente de todas las insolencias.

Los cancilleres buscan la postergación del encuentro, pues los límites son puro espacio y la voluntad estalla en este escaño imposible.

No hay bulas, ni edictos.

Sólo un micrófono transmite la última explosión.

La Tierra adopta otra esfinge en los dinteles apenas diseñados por los navíos espaciales. Las rampas de lanzamiento y las bombas nucleares la convierten en el único punto estratégico.

Los representantes de estos imperios —con un portafolio extraído de una caja de acero, puesta detrás de misiles— asignan el espacio en el nuevo tratado de Tordesillas.

Los piratas en sus observatorios —antes galeones— capturan fotografías entre las estrellas.

Los espías, con expedientes debajo de un microscopio, entregan sus actos a otros espías. Y la tarea —puntiaguda— empuja la corriente; descubre la natación.

La vanidad también ejecuta una revolución. Sus campanas llaman al rebaño para jugar en el conjunto de posibilidades.

Los hechiceros desde una caleta de pescadores, en costosas ceremonias, juegan a las golondrinas escalando el templo de los caldeos.

Con la palabra “engranaje” hacen su obra:

Es aire de una explosión.

Queda un ojo-llaga y tortugas centenarias caminando hacia el desierto.

T E R R O R

El terror toma el carácter de una conversación bastante estúpida en medio de la noche.

El enigma es una línea telefónica.

Interroga nadie y puede responder una mosca.

Sudores de cerebro electrónico —nueva forma de los oráculos— anuncian a dominantes y dominados las fechas de las expediciones a Venus y Marte y las de los grandes holocaustos de pueblos para probar el poder en la palestra.

Los hombres de las factorías, los hombres de los continentes-provincias, los habitantes de las metrópolis espaciales y sus guías, mientras reciben visitas de escafandras, logaritmos, ordinadores, taladran invocaciones.

—Posterguemos el día en que el mundo se reducirá a cenizas.

—Dejemos esta frase en el perfume de crónicas latinas.

—Reduzcámosla a sus sortilegios medievales.

P O D E R

¿Mosquitero bajo el sol puedes afirmar: “Yo soy” y nadie osará violar este arrebató?

Sólo algunos dicen: “Yo hago mi hacer”, pues la adaptación se toma por este acontecimiento.

Pero es únicamente juego de Fausto, prisionero final de los milagros.

V A C I O

En el vacío agoniza un incendio de tules, serpentinas y nueces, mientras la historia del hombre —niño masticando nada en el camino— recluye el gris de la Luna en cámara blindada.